

Obituario negligente. La muerte del autor

Primer círculo del fallecimiento

La biografía de un autor es en la mayoría de los casos un camino revertido: la certeza de sus libros, la calidad y verdad de sus dichos, se confirma por/en esta muerte escrita que es toda narración biográfica. Esta consagración por la muerte de una serie de textos, de libros, requiere de la formulación biográfica que es donde la muerte adquiere su carácter monumental. Es menos explorada la posibilidad inversa, aquella que se ocuparía de los libros de un autor como justificación de una biografía. Aquí la muerte no es sino un evento más: la narración biográfica no se justifica por ella sino como una cuestión de oportunidad comercial.

Sin embargo, más interesante aún sería ocuparse de las circunstancias de la muerte de autor, no como de alguien conocido, notorio y destacado en el dominio público, sino en sus aspectos anónimos, anodinos e insustanciados. Un hombre cruza una calle en una esquina de París. Una camioneta de una “entreprise de blanchissage” lo atropella. Una ambulancia lleva al transeúnte maltrecho al



Hospital de la Pitié-Salpetriere. Recupera la consciencia y los médicos, pese al “pronóstico reservado”, piensan que no habrá obstáculos para su recuperación (“L’hospital précise que [...] reste en observation et que son état est stationnaire”). Sin embargo, con los días su estado de salud se degrada y muere

44 RUE DES ÉCOLES.
LA ESQUINA DEL ACCIDENTE, TREINTA
AÑOS MÁS TARDE.

un mes más tarde por complicaciones pulmonares. Lo exhuman en el mismo hospital de París y envían el féretro al pueblo de Urt, en el País Vasco, para ser enterrado.

PRIMER
ITINERARIO

Esta narración, detalles más o menos, es parte común de las numerosas personas que cada día mueren de accidentes de tránsito en Europa. Este es el itinerario de un cuerpo, de un cadáver y de sus eventos logísticos: un cuerpo es herido un lunes, sobrevive al martes y durante un mes se convierte en cuerpo convaleciente en una cama de hospital. Un cadáver es entonces identificado al final de ese mes, un miércoles, exhumado el viernes y sepultado ese mismo sábado. En este itinerario físico no importan los nombres o las autorías: el recorrido, el viaje del cuerpo al herido, del herido al cadáver y del cadáver al cementerio, metros más o menos, adornos más o menos, es siempre el mismo. La muerte es en este sentido, en la actualidad, un evento administrativo.

SEGUNDO
ITINERARIO

La muerte sin embargo establece otro itinerario, imaginario, y que se vincula con narraciones históricas y con horizontes de expectativa, de cosas que podrían haber sido, que nunca serán, pero que por ser posibilidad, existen en paridad con



LA FURGONETA RENAULT 4S MODELO
1977 DEL ACCIDENTE, TREINTA AÑOS
MÁS TARDE.

aquellas narraciones ya históricas. Este itinerario es también el del nombre propio, aquel que ancla las narraciones históricas en un momento, en un lugar y en una serie de eventos. La muerte es en este sentido un mundo imaginario que reemplaza la presencia del cuerpo, a la persona biológica.

LA PERSPECTIVA
EL FALLECIMIENTO

Estos dos itinerarios son los que los analistas o críticos siguen en mayor o menor medida al establecer la relación entre una autoría y una narración biográfica. Sin embargo existe otra dimensión que me parece interesante y es aquella de lo minúsculo y de la banalidad. En lugar de ver la muerte a partir de la obra o la hagiografía individual, como si fuera una lente de aumento, es interesante, invertir la lente y ver a la escala reducida la obra y la hagiografía a partir de la circunstancial puntual de un accidente y una muerte.

Estos dos itinerarios pierden de vista la muerte como tal, la convierten en una circunstancia menor, olvidable. La muerte, como los viajes, en las sociedades contemporáneas carece de significado propio, no es sino por lo que indica, refiere o libera. Por eso la inversión propuesta de la lente: miramos no sólo lo pequeño, lo minúsculo, sino lo particular, el pasaje del cuerpo al herido, del herido al cadáver. El pasaje significativo, semántico, de lo físico a lo cadavérico, que no es inmaterial sino monumental: la referencia de las tumbas, de las lápidas que anuncian peregrinaciones.

Las verdades del muerto nada tienen que ver con la imaginación del

cadáver y la tumba: aquí está tal vez la mayor debilidad de la idea que unos contextos sociológicos contienen una persona biológica. Nada más erróneo: el yo después de la muerte, sin duda, es



siempre de papel, pero, por lo mismo, nunca puede tener los atributos —las verdades, la legitimidad, los

LA ENTRADA AL PUEBLO DE URT, EN EL PAÍS VASCO FRANCÉS. FOTO DE 2009.

caracteres— del cuerpo o del cadáver. Aquello que era/fue la persona biológica nunca se sabrá, nunca tendrá una dimensión escrita, sólo puede restar, como ya ha indicado el psicoanálisis, como *fantasma*.

Por el contrario, más allá de lo ya escrito por el autor-transeúnte al que aquí nos referimos, serán los otros quienes han de escribir el significado del cadáver y de la lápida, mejor dicho, de la tumba, que es el monumento que siempre se vincula a un autoría. Nada más alejado de la funcionalidad en las sociedades modernas que pensar que los escritos *pre-tempore* de un autor pueden significar su muerte, que es siempre futuro y por venir. Aquí se equivocaba el autor —el autor-transeúnte de nuestra historia— cuando aseguraba que “la vie est text” (“biographème”), por el contrario, es la muerte aquello que textualiza una vida, es allí donde se toman decisiones, donde suceden cosas definitivas en términos bio e historiográficos. Es el fin de la vida aquello que es texto. No la muerte sino el cadáver, la lápida, la tumba en general.

El autor calla cuando el cadáver aparece y la tumba entonces se convierte en referencia constante. Esta y no otra es la llamada “muerte del autor”: la invención de la modernidad fue sacar partido de la finitud biológica que se asocia a la escritura, la unidad de la autoría no está dada por rasgos literarios o filológicos, sino por aspectos materiales, mejor dicho, la historiografía que supone toda autoría se asienta, anticipadamente, sobre un fenómeno de cadáveres y lápidas.

Segundo círculo del fallecimiento

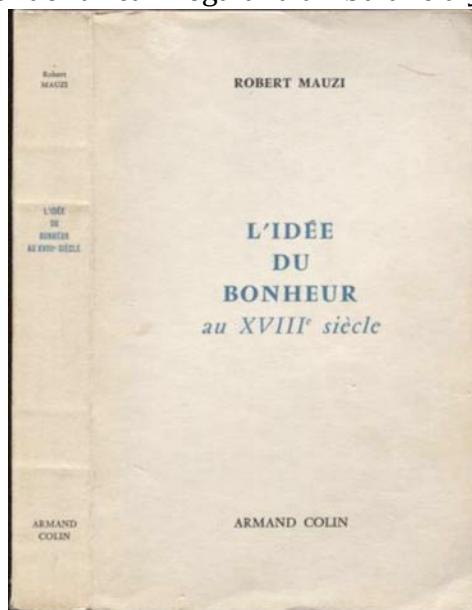
A las 15.45 del 25 de febrero de 1980, un hombre muy conocido en la prensa y en los medios intelectuales de Francia camina por la rue des Écoles, acaba de salir de un almuerzo con el primer secretario del partido socialista —y futuro presidente de Francia— y otros personajes públicos, que había tenido lugar en la rue des Blanc-Manteaux, muy cerca de allí, en la casa de Philippe Serre (1901-1991). Va vestido con una gabardina gris, lleva chaqueta, camisa blanca, pantalón a tono y mocasines de invierno. El día es gris, había pronóstico de lluvia pero no ha llovido. Es lunes y hay tránsito en la ciudad. Como los *sans abri* o, por el contrario, como las personas que se sienten seguras de sí mismas y de la posición social que ocupan, el transeúnte no lleva papeles ni identificación alguna. Está, por otra parte, en su propio barrio: razón de más para la ausencia de toda identificación.

Al cruzar la calle, a pesar de haber mirado para ambos lados de la calle, distraído no ve la camioneta, cuyo conductor alcanza a frenar pero igual golpea al transeúnte, que cae dos metros más adelante, en el cruce de las calles, en plena esquina. El transeúnte queda en el piso, no se mueve, no está consciente, a perdido el zapato del pié derecho —zapato que el enfermero de la ambulancia recogerá más tarde en la camilla que lo llevará al hospital. Llega la policía, no



LA RUE DES BLANC-MANTEAUX VISTA DESDE LA RUE DU TEMPLE, EN EL BARRIO DE MARAIS. FOTO DE 2009.

saben de quién se trata. Robert Mauzi (1927-2006), un colega de trabajo del transeúnte y que estaba por allí, finalmente lo identifica. Llega una ambulancia y se lleva al herido, todavía inconsciente. El conductor de la camioneta habla con la policía, la camioneta no tiene daños. El hombre explica que se estaba dirigiendo “à un chantier” y que el “papi”, efectivamente, miró antes cruzar el paso peatón de la esquina, que no entiende “cómo no se detuvo al verme. Estaba demasiado cerca para frenar de golpe. Pensé que me había visto... Pensé que me había visto”. El 14 de



EL TRABAJO MÁS CONOCIDO DE MAUZI, EDITADO EN 1965 Y QUE CONSTITUYÓ SUS TESIS DE DOCTORADO DE 1960.

abril, casi dos meses después del accidente, la policía libera de todo cargo al conductor. Los archivos de la policía de París ya no guardan rastros de este incidente.

Deberíamos entonces crear, para estos fallecimientos, la categoría que podríamos llamar, siguiendo nuestra historia, del *autor-transeúnte* que significaría, literalmente, el fallecimiento del escritor primario que se encuentra asociado al autor: habrá más escritura asociada a ese autor pero ya no vendrá de la persona biológica a la que se asociaba de manera primaria, sino de especialistas, de biógrafos, de parientes o de amantes —eso que en términos psicoanalíticos podríamos identificar como *lo otro* o *el otro*. De lo que se trata en realidad no es de la muerte del autor, sino del fallecimiento del escritor. Y de allí la paradoja: la otredad escribe la obra por mucho más tiempo que la duración de la existencia biológica de la persona del escritor, aun cuando los estatutos de legitimidad, realidad y verdad sean diferentes.



EL TRANSEÚNTE QUE NOS OCUPA, EN OTRA CALLE, EN OTRA CIRCUNSTANCIA PÚBLICA DE PARÍS, DOS AÑOS ANTES DEL ACCIDENTE. FOTO DE 1978.

Tercer círculo del fallecimiento

Se habla de muerte cuando en realidad deberíamos referirnos a fallecimiento en los casos del autor-transeúnte que nos ocupa. La muerte es un evento que posee ya un significado, un sentido, supone un cadáver, una historia, un horizonte de expectativa: todo ello se obtiene con evolución aunque, es verdad, en muchos casos, por razones particulares, el cuerpo, la persona biológica, establece unos parámetros de cadáver y lápida, se prepara para la muerte, prepara su propia muerte en los términos imaginarios con que ésta funcionará luego de la desaparición de ese cuerpo.

En 1968 el autor-transeúnte que referimos publicaba un artículo en la revista *Manteia* —que se editaba en Marseille y que desapareció en 1982— titulado “La mort de l’auteur”. Allí es interesante observar el contraste entre lo

que el autor-transeúnte llama la muerte del autor y lo que aquí indicamos como el fallecimiento del escritor. El “Qui parle ainsi? (p. 491) del escrito de 1968 del autor-transeúnte —pregunta referida, en principio, al narrador de *Sarrasine* de



LA TUMBA DEL TRANSEÚNTE EN EL CEMENTERIO DE URT. FOTO DE 2010.

Balzac— no tiene en realidad importancia, pero sí es indudable que “l’écriture est destruction de toute voix, de toute origine” (p. 491) o, mejor dicho, no hay origen en términos de escritura. Por ello la persona biológica —que el autor-transeúnte llama “sujet”—no tiene lugar: “L’écriture, c’est ce neutre, ce composite, cet oblique où fuit notre sujet, le noir-et-blanc où vient se perdre toute identité, à commencer par celle-là même du corps qui écrit.” (p. 491).

El autor-transeúnte asegura: “L’auteur est un personnage moderne, produit sans doute par notre société dans la mesure où, au sortir du Moyen Age, avec l’empirisme anglais, le rationalisme français, et la foi personnelle de la Réforme, elle a découvert le prestige de l’individu, ou, comme on dit plus

noblement, de la ‘personne humaine.’” (p. 491). Y, sin embargo, aquello que puede decirse del “auteur” puede decirse del concepto de persona, de individuo y del sentido de narración biográfica, del mercado, de la vida pública, de manera que el alcance de la constatación es relativa, aunque no despreciable y necesaria en términos conceptuales.

El autor-transeúnte acierta cuando adjetiva críticamente la noción de *intentio operis* y sus derivaciones. Sin embargo, en realidad habría que decir, no que la ejecución del principio de *intentio operis* es lo mismo



LA PERSONA BIOLÓGICA DEL AUTOR-TRANSEÚNTE VIVÍA EN EL NÚMERO 11 DE LA RUE SERVANDONI. FOTO DE 2010.

que la autoría, sino que ésta es funcional a aquel principio —lo cual es diferente. ¿Por qué? Porque la explicación crítica en torno a este principio no se puede agotar en la supuesta modernidad de un concepto, sino que abarca instituciones, principios biológicos, sentido de realidad, etc. El autor-transeúnte no está hablando del fallecimiento del autor aunque en realidad se encuentra implícito en su definición de “la mort de l’auteur”.

“L’Auteur n’est jamais rien de plus que celui qui écrit” (p. 493), asegura el autor-transeúnte, y, sin embargo, nunca ha sido de otra manera. Aquí otra vez se confunde el principio de *intentio operis* con la noción de autoría. Pensar que “l’auteur s’absente” (p. 493) es reducir la noción de autoría a un evento literario que, obviamente, no es el caso. Por el contrario, el principio de autoría, en la sociedades contemporáneas se re-afirma cada día más. Claro está, no es la autoría decimonónica y literaria en la que pensaba el autor-transeúnte, sino una autoría con determinantes financieros y tecnológicos. Jacques Derrida (1930-2004), otro contemporáneo del autor-transeúnte que nos ocupa, constatando el impacto del ordenador sobre la escritura y la noción de filosofía, había entendido de manera mucho más precisa este fenómeno. Que el autor presupone un “scripteur moderne” (p. 493) es indudable y que la existencia de éste no obnubila la autoría en términos financieros y tecnológicos, es asimismo evidente. Por lo

mismo, concebir la obra de un autoría como “un espace à dimensions multiples” (p. 493) es un acierto que, paradójicamente, justifica la idea del fallecimiento del escritor (“scripteur moderne”) como un punto de inflexión *per se*. Por lo mismo, el autor-transeúnte en su escrito de 1968, no considera razones comerciales, institucionales y financieras que hacen imposible la desaparición de la noción de autoría, más allá de los cambios en su funcionamiento y operatividad. Situación que Pierre Bourdieu (1930-2002), por citar otro académico francés y parisino, había entendido mucho mejor.

AUTORÍA Y
ESCRITURA

Que la escritura pre-existe cultural y socialmente a la autoría, nadie lo duda. Que no hay originalidad en sentido antropológico e historigráfico en este empleo de la escritura,



LA PERSONA BIOLÓGICA DEL AUTOR-
TRANSEÚNTE VIVÍA OCASIONALMENTE
EN ESTA CASA DE FAMILIA DE ÚRT.
FOTO DE 2008.

tampoco constituye una novedad. Pero, más aún, esta constatación no conduce a la justificación de la desaparición del autor. Y de allí la regresión en la argumentación del escrito: “La vie ne fait jamais qu’imiter le libre, et ce libre lui-même n’est qu’un tissu de signes, imitation perdue, infiniment reculée” (p. 494) ¿Qué vida? ¿No era que no había relación posible entre la dimensión biológica y la dimensión de la escritura? La idea de “vida” aquí —para alguien que se presenta como materialista y pragmático— no puede ser otra cosa que una fuga metafísica.

Y he allí finalmente la situación insoportable para el autor-transeúnte: que la dimensión biológica, que la persona, acaben no teniendo vínculo alguno con la escritura, con los escritos, con los libros. Por eso, aun cuando el planteo sea inverso, tal como argumenta la biógrafa Marie Gil, al final el mecanismo acaba siendo el mismo que el de la *intentio operis* y por ello Marie Gil (2012) nos asegura que la “vida” del autor transeúnte son sus textos. El “positivismo” epistémico, que justamente el autor-transeúnte señalaba como estando a la base

de la *intentio operis*, resta también en su planteo, *malgré-lui*: la ausencia de un planteo epistémico respecto de la noción de autoría, a diferencia de lo que lo realizado por otros franceses como Michel Foucault (1926-1984) o Rogier Chartier (n. 1945), deja notar aquí sus consecuencias. Confundir la heurística de la escritura —sobre todo la transformación y evolución de ésta por la tecnología y las finanzas— con un recurso de ciertas instituciones literarias es tal vez la consecuencia más directa y evidente. Sorprende, sin embargo, la atención a la lectura como fenómeno reunificador del cadáver y la lápida: “la naissance du lecteur doit se payer de la mort de l’Auteur.” (P. 495)

Bruxelles, June 2012.

Referencias

- Algalarrondo, Hervé. *Les derniers jours de Roland Barthes* (Paris: Stock, 2006).
- Barthes, Roland. *Roland Barthes par Roland Barthes* (Paris: Éditions du Seuil, 1975).
- . “La mort de l’auteur”, en *Oeuvres complètes*, Tome II, 1966-1973, (Paris: Gallimard, 2004), pp. 491-495.
- Calvet, Louis-Jean. *Roland Barthes, 1915-1980* (Paris: Flammarion, 2008).
- Esponde, Jean. *Roland Barthes, un été (Urt 1978)* (Bordeaux: Confluences, 2009).
- Gil, Marie. *Roland Barthes. Au lieu de la vie* (Paris: Flammarion, 2012).